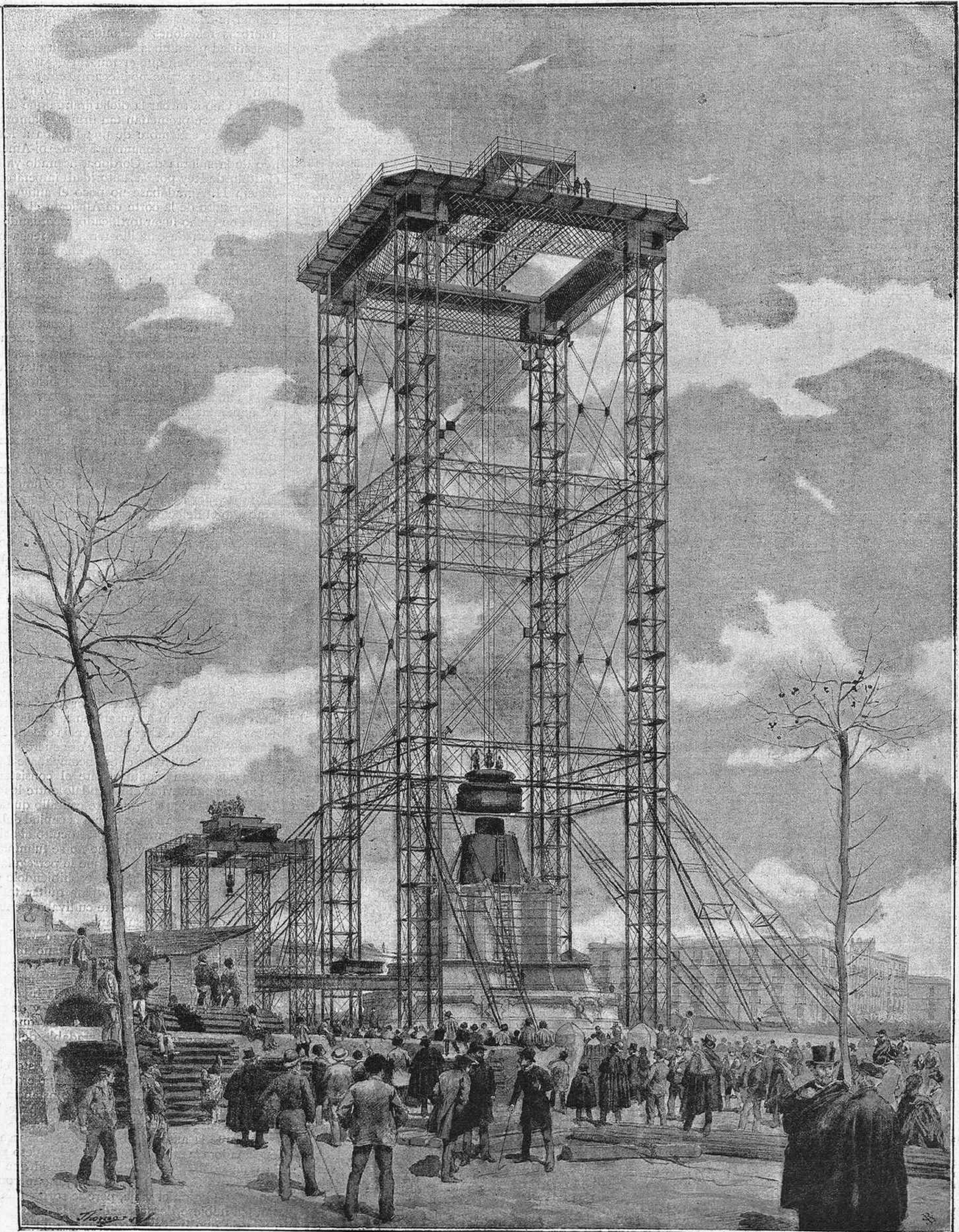


# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1888→

NÚM. 322



EL ANDAMIAJE DEL MONUMENTO Á COLÓN, proyectado y ejecutado por el arquitecto D. Juan Torras



## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Fátima la astrónoma* (conclusión), por don Francisco Fernández y González. — *El bobo de la feria* (continuación), por don Antonio de Valbuena. — *Amparo*, por la Baronesa de Wilson. — *Reptil curioso.*

GRABADOS. — *El andamiaje del monumento á Colón*, proyectado y ejecutado por el arquitecto D. Juan Torras. — *Los emigrantes*, cuadro de A. P. Dawant. — *Una virgen de Murillo.* — *Spahis sorprendidos por la tempestad*, cuadro de H. Lang. — *Cogidos de la mano*, cuadro de Amberg. — *Sala con escalinata y mirador en casa del doctor Hirth.* — *Monumento á Colón.* — Conducción de la base de la columna. — *El lagarto cornudo que existió vivo en el departamento de los reptiles del Museo de Historia natural de París.*

## NUESTROS GRABADOS

EL ANDAMIAJE DEL MONUMENTO Á COLÓN  
proyectado y ejecutado por el arquitecto J. Torras

— ¿Resistirá?... — He aquí la pregunta que se hacían todos los barceloneses á tiempo precisamente que las circunstancias imponían su dimisión al presidente de la República francesa.

Y nosotros decimos con íntima satisfacción: — ¡Ha resistido! — con lo cual queda demostrado que en la preocupación de los barceloneses para nada entraba la suerte que la política deparase á M. Julio Grevy.

Lo que dividía la opinión pública en la ciudad condal era si el andamiaje construído para elevar las grandes moles destinadas al monumento Colón resistiría ó no el peso de que iba á ser cargado. Por nuestra parte, lo decimos con plena sinceridad, jamás se nos ocurrió dudar del éxito. Y no porque hubiéramos repasado los cálculos del problema ni tengamos en esta materia competencia alguna; sino porque conocemos hace muchos años al autor del proyecto y estábamos persuadidos de que el arquitecto D. Juan Torras no podía equivocarse en un cálculo matemático. Lo que nosotros sabíamos entonces lo sabe ahora el público todo: la modestia innata del ilustrado profesor de nuestra Escuela podrá haberse sentido mortificada por su mismo triunfo; en cambio, la fama que hoy le rodea es un timbre más para su patria.

Aparte de la pericia demostrada por el hombre técnico, el Sr. Torras ha dado una prueba de que no es imposible conciliar la ciencia exacta y la elegancia de formas: el andamiaje en cuestión es un portento de esbeltez, una maravilla de simplicidad, una obra destinada á un objeto de pura fuerza y que, á pesar de este objeto, recrea la vista porque tiene indudables condiciones de belleza. La frase unánime de cuantos contemplan esa atrevida construcción es: — ¡Lástima que esté destinada á desaparecer!...

Ello, empero, desaparecerá; y es por esto, principalmente, que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quiere contribuir á fijar en la memoria de cuantos contemplan nuestro dibujo la idea de una obra que honra al arte y á la industria de Barcelona en la personalidad de su ilustre autor.

## LOS EMIGRANTES, cuadro de A. P. Dawant

Este asunto ha inspirado recientemente á varios artistas, sin duda porque la emigración toma en algunos pueblos un carácter verdaderamente amenazador. No acertamos á explicarnos con qué derecho pretende Europa marchar al frente de la civilización mientras tolera impasible que cientos de millares de sus hijos abandonen el suelo patrio por negarles un pedazo de pan humedecido con el sudor del trabajo. Los periódicos denuncian el hecho, los estadistas lo lamentan, las almas compasivas lo lloran; pero el daño va en aumento y Europa se despuebla en provecho de América.

El cuadro de Dawant da una idea exacta de la emigración, y por lo mismo que es exacta, es triste en su conjunto y triste en cada uno de sus grupos. Entre las muchas figuras que entran en la composición, ni una sola respira la menor alegría; su nota dominante es la miseria, no la miseria disgustante que convierte la necesidad en pretexto de holganza, sino la miseria honrada, que ha agotado sus fuerzas en una lucha desigual y pide á la tierra extranjera el pan que le niega la patria. Es un lienzo que conmueve á cuantos le contemplan: desgraciadamente los males de la sociedad no se curan en las galerías y museos; harto hacen los artistas que llaman hacia ellos la atención de los indiferentes.

## UNA VIRGEN DE MURILLO

Hay lienzos en los cuales podría suprimirse el nombre del autor. Los de Murillo son inconfundibles. Únicamente el gran maestro sevillano ha sabido pintar esas Virgenes, que al parecer no pueden existir sino dentro de la aureola que las rodea. Sentada en trono de nubes la que hoy reproducimos, más que ellas resulta ser ligera y vaporosa; y sin embargo, su cuerpo descansa de manera natural; es que como vulgarmente se dice y en nuestro caso resulta exacto, esa Virgen se encuentra en su elemento. Su mística belleza no es de este mundo; sus formas carecen de materia, sus manos sostienen sin oprimir, contemplando su rostro se concibe el éxtasis. Este cuadro es la más valiosa joya del museo del Haya.

## Spahis sorprendidos por una tempestad

cuadro de H. Lang

Los africanos de Argelia son jinetes por naturaleza y batalladores por temperamento. Los franceses, que pudieron convencerse de ello cuando la conquista de aquella región, idearon sacar partido de los indígenas uniéndolos á su causa, y á este efecto agregaron á cada escuadrón de cazadores de África un número indeterminado de soldados africanos, á los cuales se denominó cazadores-spahis. La experiencia confirmó las ventajas esperadas de este auxilio, hasta el punto de que en 1834 se decretó la formación de escuadrones de caballería compuestos exclusivamente de indígenas, si bien mandados por jefes, oficiales y sargentos franceses. Los spahis, á quienes se ha dejado vestir el traje del país, jamás han desmentido su valor ni su lealtad.

El destacamento pintado por M. Lang da exacta idea de esos soldados, tan impasibles en los días de tempestad como en los días de batalla. Sombrios, taciturnos, silenciosos, corren el peligro con la calma del que obedece á su destino. Únicamente la presencia del enemigo produce en ellos una explosión de salvaje energía. Empeñan el combate, no para defender su existencia, sino para acabar con la del contrario. Terminado el empeño vuelven á su estoicismo. Vencidos ó vencedores, la gloria es de Alá. ¡Estaba escrito!

## COGIDOS DE LA MANO, cuadro de Amberg

Cambian los trajes, pero no cambian los corazones. Ciertamente las prendas vestidas por nuestros dos jóvenes han pasado de moda, lo que no pasará nunca es el amor. Esta pasión reviste también sus formas; pudiera decirse que tiene también sus modas: la de Otelo y Desdémona es exagerada, la de Julieta y Romeo poco cómoda; la de Estela y Nemorino es un traje de bebé impropio de enamorados. El amor tiene anacronismos, es indudable; pero tiene cosas comunes á todos los tiempos. Así, por ejemplo, el apretón de manos que se dan los amantes del cuadro de Amberg nunca será anacrónico, antes bien constituirá la suprema dicha de los que aman desde lo íntimo del alma. Quizás alguno tache de frío un amor que con tan poco se satisface. Peor para quien tal suponga: el que llame amor á la unión de las fieras del desierto, es incapaz de comprender la poesía, la felicidad, el amor puro que respiran los personajes de nuestro grabado.

SALA CON ESCALINATA Y MIRADOR  
en casa del Dr. Hirth

El arte aplicado á la decoración doméstica no ha sido debidamente estudiado. Esto puede ser debido á que no todas las gentes que pueden gastar un caudal en decorar su casa han comprendido las excelencias del arte. Lo rico, lo suntuoso predomina generalmente sobre lo artístico; ó bien si, por fortuna, se posee una verdadera obra de arte, se la exhibe de tal suerte á la contemplación de nuestras visitas, que la misma singularidad de su exposición perjudica á su efecto. Los objetos artísticos y valiosos son como las niñas bonitas y como los hombres de talento; no necesitan reclamos.

El doctor Hirth, que posee especiales conocimientos en arte decorativo doméstico, ha escrito á este propósito una interesante obra titulada: *La habitación alemana*, demostrando cuán en lo cierto estaban los genios del primer renacimiento sosteniendo que el buen efecto es fruto de la combinación armónica de varios objetos que contribuyen al colorido y á la impresión de un conjunto. Y como el doctor Hirth tiene fortuna bastante para demostrar prácticamente la verdad de sus teorías artísticas, ha decorado su casa según ellas y ha obtenido el más completo éxito. Véase sino el grabado que representa uno de los salones de su morada, en donde los muebles más suntuosos y al par más diversos constituyen un todo armónico, dentro del cual nada disputa la preferencia.

El opulento doctor deplora que en Alemania se dé poca importancia á este ramo del arte. Es de suponer que no sea simplemente en su país donde se observe esta falta, efecto sin duda de que allí como aquí, por regla general, el que puede no sabe y el que sabe no puede.

## MONUMENTO Á COLÓN

(Conducción de la base de la columna)

Los progresos de nuestra industria son nuestros timbres de gloria. Al darles la debida importancia, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cumple con satisfacción un deber patriótico. Así hoy representamos el acto de ser trasladado á su destino el zócalo de la columna del monumento á Colón, uno de los bloques de mayor peso, si no el que más, fundidos en Europa. Es una obra que honra los talleres de los Sres. Wolghemuth y C.<sup>as</sup>, con la cual hemos demostrado no sólo lo que podemos hacer, sino lo que podríamos industrialmente si el Estado protegiera los elementos con que contamos. Ello, empero, vendrá un día en que nuestros gobernantes abrirán los ojos á la luz de la verdad: aquel día se nos hará justicia y la nación española caminará decididamente por la senda del progreso industrial, que hoy recorre de una manera penosa, cual si fuera la triste senda de un Calvario.

## FÁTIMA LA ASTRÓNOMA

(Conclusión)

En tanto que un anciano de blanca barba dirigía el astrolabio al cielo, una figura delicada que no podía ser sino de mujer, alta, esbelta, de grandes y hermosos ojos, de tez pálida y nacarada con largas trenzas de cabello negro, inclinábase sobre una mesa, y á la luz de brillante lámpara de metal, comenzaba á apuntar las observaciones, que le indicaba el astrónomo. Tras un rato de trabajo, en que repetidas veces puso el anciano un astrolabio redondo en manos de la joven, para que comprobase y confirmase por sí misma algunas de las averiguaciones hechas, se dispuso á abandonar el recinto, no sin revisar antes los apuntes escritos por aquella á la viva luz de la lámpara, la cual permitió al almuedano distinguir y reconocer sus facciones. Desde aquel instante, no pudo dudar Zeid de que el observador de los astros era su maestro Moslema, dándose á entender al propio tiempo que la joven que le ayudaba y cuyo canto había producido en él impresión profunda era su hija de nombre ilustre ya por sus escritos, que corrían en las aulas de Astronomía con el título de *Correcciones de Fátima*. Todavía permaneció la joven durante algún tiempo en la azotea, arreglando los utensilios de las observaciones, después de lo cual, se acercó á la mesa, donde estaba el laúd; mas habiendo alzado súbitamente la vista, como echase de ver que era objeto de las miradas del muezin desapareció por la escalera, que daba acceso al terrado. Al fin de la tarde del mismo día, después de anunciar y rezar la oración de *Al-axa*, en el momento en que la noche cubría ya con sus sombras la tierra volvió Zeid á dirigir la vista á la azotea del sabio, donde creyó ver la figura de Fátima que parecía conversar con una niña ó joven de poca estatura, la cual significaba con sus ademanes preguntarla y responderla desde el terrado de una casa más baja, materialmente cubierto en su mayor parte por frondosas macetas de flores. A la mañana se repitió ante el espectador del minarete, en los términos que el día anterior; pero Fátima se retiró antes que su padre. Estimulado el muezin por el deseo de que la joven supiera de la amaba y ganoso de llamar la atención sobre sí, prevínose de arco y de una saeta, sin punta, á cuyo cabo ató un papel, y aprovechando una tarde en que se aseguró de que nadie le miraba, disparó con cer-

tero tiro la flecha al terrado, no sin certificarse antes de que éste á la sazón se hallaba desierto. El papel escrito de su mano con excelente caligrafía contenía unos versos, que decían de esta manera:

Entre la vida y la muerte  
Oscila mi pensamiento,  
Que vivo sólo al mirarte,  
Y por mirarte me muero.

Muy despacio se encaminaba Zeid á la mañana siguiente al lugar á que le llamaba el cumplimiento de sus deberes, temiendo que rudo desengaño pusiese término á sus esperanzas, cuando al subir por las rampas de la torre le sorprendió agradablemente el sonido de un laúd que no dudó en atribuir á su amada. No se había engañado, la bella mora repetía con admirable expresión los versos compuestos por el almuedano. Este, no pudiendo contener su gozo, se asomó radiante de júbilo á la parte más avanzada del minarete y trocadas por señas, mutuas zalemas y expresivos ademanes de cariño se persuadió de que Fátima le correspondía. Duraron algunos meses aquellas amorosas relaciones sostenidas con indecible decoro y honestidad por ambos amantes á tan desusada altura, sin que pasase día en que el muezin dejase de enviar senda flecha con mensajes poéticos ni rehuyese la respuesta el bien tocado laúd de Fátima, cuando un accidente inesperado vino á turbar la dicha grande que disfrutaban y la mayor que se prometían tan firmes enamorados.

En 28 de setiembre de 994 llegaba á Madrid el celebrado Almanzor, Muhammad Ben-Abi-Amer, antiguo valido de la sultana de Córdoba, honrado ya entonces con el título de Rey por la autoridad imperatoria del califa Hixem II. Agradábase no poco el antiguo hacendista y jurisconsulto de la corte de Alhacem el Grande de la estancia en dicho lugar fortificado, recordando sin duda que su reputación de caudillo tenía por fecha el día en que reunido en su almedina con Galib, general de la Frontera Baja, resolvió probar la suerte de las armas, rindiendo y arrebatando del poder de los castellanos la fortaleza del Molar. Ahora le era su residencia todavía más agradable, porque acababan de conquistar á San Esteban de Gormaz y á Clunia abatiendo la altivez del conde Garcí-Fernández. Grandes fiestas se hicieron en aquella sazón en la Almedina con motivo de tan señaladas victorias, acudiendo á su recinto los moradores de la vega sin faltar ordinario acompañamiento de poetas, ministriles é historiadores oficiosos.

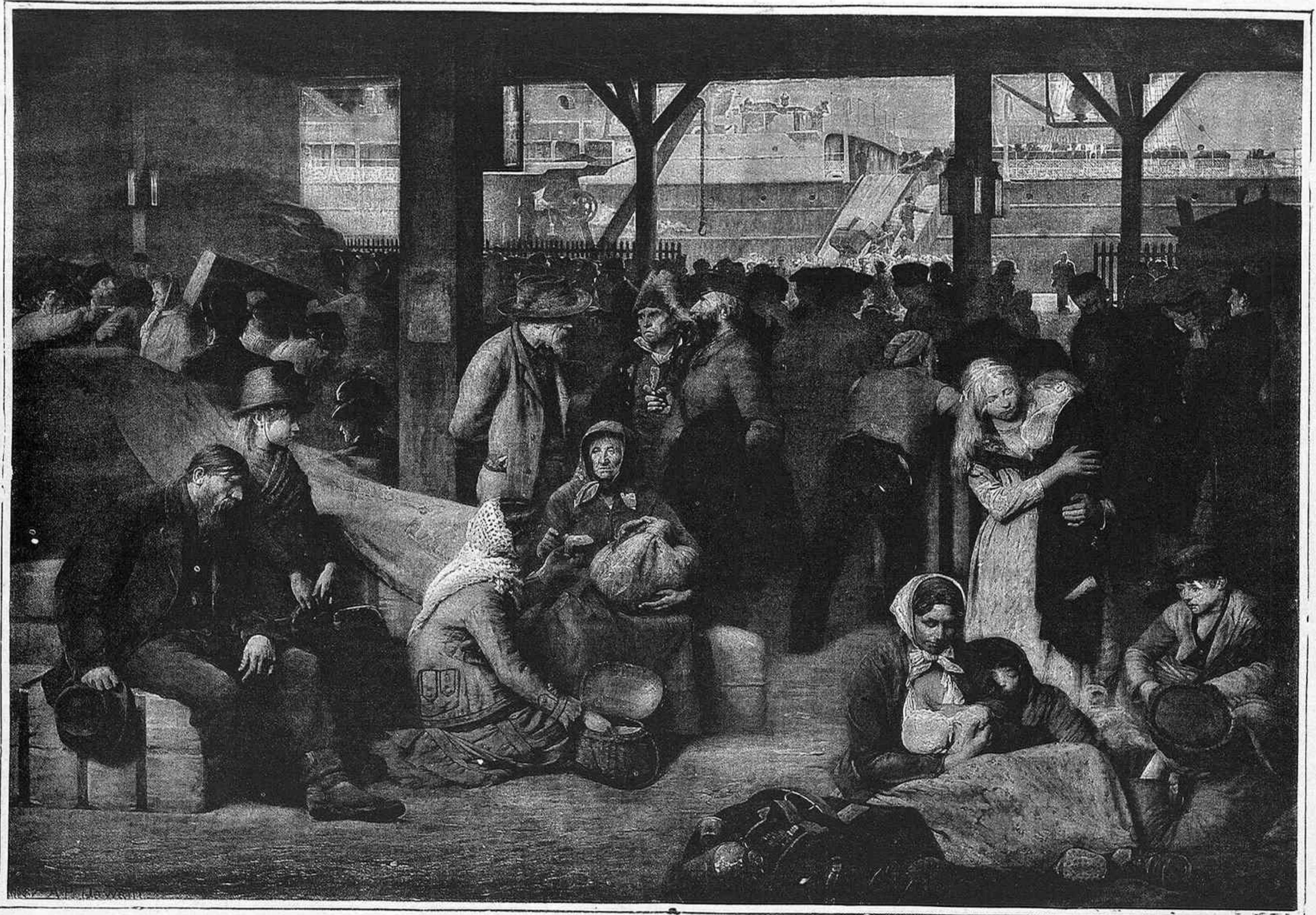
Los alfaquíes particularmente aprovechaban la ocasión de aumentar sus riquezas, representando el grande interés que se tomaba Dios por todos los negocios del Islam. Entre los teólogos que brillaban á la sazón en la aljama madrileña tenía aventajada estimación de docto y concepto de grandes virtudes uno de los más antiguos profesores de su madrisa que ejercía las funciones de imam. Hombre, por lo común, asequible y bondadoso, tenía sin embargo el defecto de estimar muy seriamente su consideración de oráculo, con lo cual se deja comprender que no sobrellevaría sin disgusto la reputación de que gozaba Moslema y que acogería con secreta complacencia los dictados de incrédulo, innovador y heresiarca con que algunos designaban al filósofo.

Era este en su calidad de discípulo de los Hermanos de la Pureza, ferviente motazelita, especie de puritano del Islam é incrédulo respecto de tradiciones poco fundadas, influyendo su ejemplo en sus numerosos discípulos que no se distinguían ciertamente por exagerada ortodoxia. Abultó sinceramente el daño que podía resultar de semejante influencia á los ojos de Ahmed la antipatía que sentía hacia Moslema y movido é instado por los clamores de algunos devotos se resolvió á acusarle ante Almanzor de difundir ideas perniciosas. En consecuencia ordenó Ben-Abi-Amer que se le presentase Moslema y de acuerdo con lo aconsejado por Ahmed dispuso que le acompañase á Córdoba para que explicase su conducta ante el consistorio del Muftí, dado que para evitar el escándalo entre los profesores de la aljama previno el prudente caudillo que de público se dijese que llevaba á Moslema á la capital del Califazgo con el propósito de honrarle. No se ocultó al sabio el objeto del viaje, pero deseando que no se fulminasen contra su querida hija los cargos con que le perseguían, la dejó encargada á una parienta suya, prohibiéndole expresamente que subiese al observatorio para quitar todo pretexto á los alfaquíes de propalar que cultivaba ciencias sospechosas á la ortodoxia musulmana.

Frontera á la casa en que vivían Moslema y su hija tenía la suya un alfageme ó cirujano muslim, conocido por su avaricia así como por sus extravagancias. Moraba con él una hija suya muy preciada de hermosa, la cual por motivo de vecindad era amiga de la hija del astrónomo. Chica de cuerpo, morena sonrosada y de ojos vivos, no carecía de cierto atractivo vulgar de que presumía con exceso. Aparte de esto era agradable de trato, de condición alegre y pasaba largas horas en la azotea cuidando sus tiestos. Más de una vez la había visto el muezin conversar con su amada, y Xemsia, que tal era el nombre de la hija del alfageme, advirtiendo la constancia con que Zeid dirigía sus miradas hacia aquel lado, no receló un instante que solicitase su atención otra que ella.

Durante la ausencia del sabio mostrábase aun más escudriñadora la mirada del muezin, inquieto por carecer de la vista de Fátima. No ignoraba Zeid que Moslema hubiera ido á Córdoba, dado que juzgase como los demás motivo de honra el viaje, pero le sorprendía no poco que Fátima hubiese desaparecido de la azotea, asaltándole la duda de que hubiera acompañado á su padre. Mientras su espíritu flotaba en un piélagos de ansiedades, la presen-





LOS EMIGRANTES, cuadro de A. P. Dawant

cia de Xemsia en la azotea le sugirió un día la idea de que ella podría darle noticias del paradero de Fátima. Con tal propósito le dirigió saludos y zalemas esperando que le respondería, pero la mora ruborizada bajó precipitadamente de la azotea no descansando hasta encontrar á su padre á quien refirió la pretensión amorosa que á su juicio expresaban las señas hechas por el muezin. El alfadame que gustaba de burlas aconsejó á su hija que le significase asimismo por señas que viniese á hablarla por la puerta y le facilitaría la entrada. Llegaba presuroso Zeid á la casa de Xemsia y alargaba la mano al llamador de la puerta cuando se apareció en aquel sitio el alfadame y le preguntó severamente qué quería. El almuedano después de alguna vacilación pretextó un dolor de muelas, confirmando socarronamente el cirujano, quien fingiendo encontrarle una dañada, le hizo entrar en la habitación que le servía de oficina, donde se la sacó con mucho dolor exigiéndole crecidos honorarios.

Reprodujose la escena varias veces en el espacio de algunos días, en términos que Zeid vió desguarnecer sus encías sucesivamente de sus finísimos dientes molares. La burla hecha al muezin por el alfadame circuló en breve en Madrid llegando hasta los oídos de Fátima á cuyas criadas la refirieron las esclavas de Xemsia, no sin añadir entre sarcasmos que todo lo había sufrido con gusto por el amor de su señora. Entretanto Moslema después de haber defendido su conducta ante los teólogos cordobeses, volvió absuelto y justificado. Fátima podía subir á la azotea y lo verificó, no movida tanto en su concepto por el amor que había tenido á Zeid como por comprobar con sus ojos aquello que se contaba. En el momento en que la astrónoma miró á la torre donde se hallaba el muezin, advirtió que éste mantenía con Xemsia interesante conversación por señas. Parecióle que la hija del alfadame le invitaba á que bajase y como Zeid le mostrase tristemente el lugar donde se albergaron sus muelas, Xemsia prorrumpió en estrepitosa carcajada.

No había sido Fátima el único espectador del impío desenfadado de Xemsia: presenciábalo al propio tiempo el presuntuoso imam Ahmed, quien sabedor de las historias que se referían del almuedano quiso enterarse por sí para castigar su descompostura. Al disponerse á echarle en cara lo que estimaba culpables distracciones cayeron involuntariamente sus miradas sobre la hija de Moslema, la cual contemplaba á su vez al muezin con una expresión indefinible en que parecían alternar la ira con el desprecio. Prendado el faquí del buen parecer de la doncella formó instantánea resolución de poseerla á todo trance, creyendo que le brindaba oportuna ocasión la convenien-

cia de dar un testimonio de amistad al filósofo, si recelaba que él había sido la causa de la persecución sufrida.

Pocas horas después recibía Moslema la inesperada visita del anciano teólogo. Aunque fuera grande su extrañeza por la demanda que formuló relativa á la mano de su hija, el sabio que temía al faquí no se atrevió á rehusarla desde luego, dado que le hiciera presente en términos de cortesía que su hija tenía poca inclinación al matrimonio. Con todo, se ofreció á aconsejarla y á vencer cualquier escrúpulo de la joven que no pareciese resolución incontrastable. Con extrañeza supo el discípulo de Aben-Rifaat que su hija accedía gustosa al casamiento.

En vano envió Zeid numerosas flechas con mensajes á la azotea de Fátima refiriendo la historia de su menoscabodentario como producido por el deseo de lograr noticias de ella; la rencorosa Fátima los leyó sin convencerse, expresando su semblante cuando le veía en la azotea más burla que lástima. Celebrada la boda del faquí con extraordinarios regocijos atacó al desgraciado Zeid una enfermedad de extenuación que le puso en pocos meses á las puertas de la muerte. Consolábase el amante infortunado con poner en música canciones dedicadas á Fátima, las cuales repetían grandes y menores en las zambras y en las calles de la población.

Una de ellas decía de esta suerte:

Si pasas junto á la losa  
Donde estuviere enterrado,  
Lláname con tu cariño,  
Verás que muerto te amo.

No tardó en llegar á noticia de Ahmed que era Fátima á quien se dirigían los versos, pues Zeid en su locura no se tomaba la molestia de ocultarlo. Movido de furiosos celos tomó la venganza inútil de despojarle del cargo de muezin. Pocos días después los tolbas de la Almudena acompañaban el ataúd de Zeid á la machora ó cementerio situado en el campo del Moro, donde dieron tierra al cadáver en una torba ó sepultura modesta, poniendo una lápida de canto perpendicular al suelo en que estaban escritos algunos versos compuestos por el difunto para que le sirviesen de epitafio. Su historia, de que se mostró incrédula siempre la esposa de Ahmed, obtuvo mucha notoriedad después de su muerte, refiriéndola hasta los muchachos que se entretenían en hacer resonar la copla citada á los oídos de Ahmed al salir de la mezquita. La misma Fátima parecía frecuentemente meditarla delante de su esposo, quien ansiando concluir con la creciente superstición que propalaba la muchedumbre de que Zeid resucitaría cuando su amada se acercase á su sepul-

cro, codició la cruel satisfacción de que tuviese la memoria póstuma de falaz obligando á Fátima á que fuese á la machora y que colocada al lado de su sepultura delante de numeroso concurso le llamase tres veces cariñosamente por su nombre. La bella astrónoma, para quien la muerte de Zeid había puesto fin á todo resentimiento, gritó dos veces «Zeid» entre lágrimas y sollozos, sin que nada indicase que se cumplía el vaticinio del finado. Al pronunciarlo la última sonó un grito agudo que dejó suspensos á los circunstantes, mostrándose en los aires una paloma blanca, medio muerta, que herida al parecer por las garras de un gavilán fué á dar revoloteando en el pecho de Fátima, la cual cayó al suelo para no levantarse hasta el día de la resurrección. Con esto alentados los ánimos supersticiosos, no faltó quien creyera, que el alma de Zeid había buscado albergue en el cuerpo de la paloma, proponiendo que el ave y la amada del muezin reposasen en la sepultura de este. Opúsose el faquí á tamaña profanación; pero Moslema, que tenía ya el presentimiento de que su hija no era dichosa, decidió ausentarse de Magerit (Madrid), donde no quería ver más al que consideraba como autor de todas sus desgracias. Establecido luego en Córdoba publicó más adelante un *Tratado de Astrolabio* que ha llegado hasta nosotros (1), corrigió las tablas de Juarezmi y de Albatenio, y el compendio que de ellas compuso para uso de los cordobeses no cesó de tener aceptación, hasta que Azarcall publicó su *Almemonia* aceptada al Augusto de los Reyes de Toledo. Murió el año 1007 de la Era cristiana. Sus discípulos honraron su memoria, y le llevaron en hombros á la última morada. Fué el mas insigne astrónomo de su época y el más antiguo conocido en los anales madrileños.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

EL BOBO DE LA FERIA

II

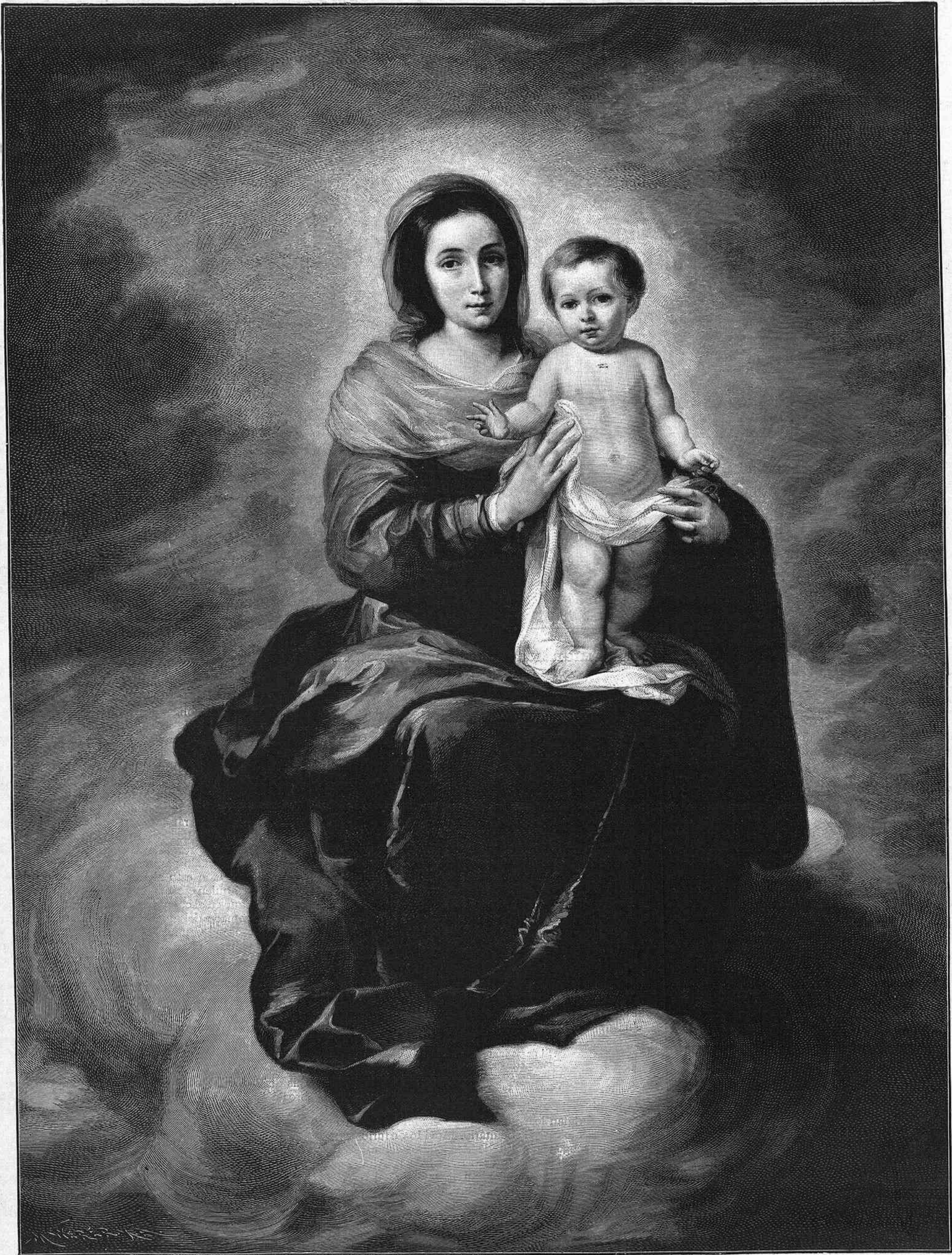
Juan y Vicenta tuvieron aquella noche un poco de espellique.

Las últimas palabras de Juan habían causado en su amada consorte un efecto desastroso.

Eso de que al día siguiente hubiera de volver su mari-

(1) Custodiase en la Biblioteca del Escorial (Cód. núm. 792).





UNA VIRGEN DE MURILLO





SPAHIS SORPRENDIDOS POR UNA TEMPESTAD cuadro de H. Lang



do á la feria á dejar por allá otros cuantos duros, la desazonaba todavía más que la ceguera absoluta del animalucho que Juan acababa de atar al pesebre.

La pobre Vicenta no había oído en su vida lo de que nunca fueron buenas las segundas partes; pero lo adivinaba. Y lo que ella decía...

— ¡Tanto trabajo como cuesta ganarlo, y has de ir mañana á tirar otros cinco duros como los que tiraste hoy sin ningún lucimiento!

— La verdad es que hoy no me pintó muy bien, — le contestaba su marido; — pero Dios mejora sus horas...

— El que has de mejorar eres tú. ¿Ves como yo tenía razón? ¿No era mejor que te hubieras quedado en casa como yo te decía?

— Sí, sí, mejor era; pero ya... ¡qué le hemos de hacer!...

— No ir mañana; porque estoy segura de que vas á hacer algún otro cambalache que te cueste tanto como el de hoy, y vas á traer otra caballería peor que la que has traído.

— No, lo que es peor, no cabe.

— También decías anoche que no cabía peor que la nuestra burra, y mira si cupo.

— Verdad es; pero por lo mismo no puedo menos de volver mañana á la feria. Bien lo conoces. ¿Para qué queremos ese animal en casa ciego del todo?

— Para lo que queríamos la burra, que su servicio hacía; y por último si no sirve ni aun para llevar la comida á la arada, le quitas el pellejo para cribos.

— ¡Qué cosas tienes!...

— Así como así el cribo cerrado de la linaza está ya todo roto; y además nos hace falta una zaranda abierta para los garbanzos; que no me gusta á mí andar buscando las cosas por las eras de los otros...

— Mujer, no digas disparates. Porque te hagan falta cribos ó zarandas, ¿habíamos de matar un pollino tan listo y tan guapo? San Antonio le guarde...

— ¿Pues no acabas de decir que para qué le queremos, y que no sirve?

— Bien, mujer: para nosotros no sirve, porque no ve; pero vuelvo á la feria y me le vuelven á cambiar los gitanos, porque á ellos les sirve lo mismo que si viera.

— Sí; para engañar á otro tonto como tú.

— Pues claro: lo mismo que me le dieron hoy á mí se le darán mañana á otro que se descuide.

— Por eso no debes de ir porque contribuyes al engaño.

— No, eso no; yo se le vuelvo á cambiar á ellos que me le han dado; después allá... su alma en su palma, ó *sibi embuten*, como dice el señor cura.

— Lo que ellos se van á embutir es nuestro dinero, embutiéndote á tí en cambio alguna otra plepa.

— ¡Cualquier día me vuelven á engañar á mí!... La verdad es que hoy ni siquiera se me ocurrió mirarle los ojos al burro. ¿Ibas tú á sospechar que fuera ciego un animal que corre y no tropieza? De los escarmentados nacen los avisados.

— Pues el mejor aviso es que no vuelvas...

Y así por este estilo continuó la disputa gran parte de la noche, no llegando á pelotera grave y formal porque Juan y Vicenta eran ambos muy buenos cristianos y se querían mucho.

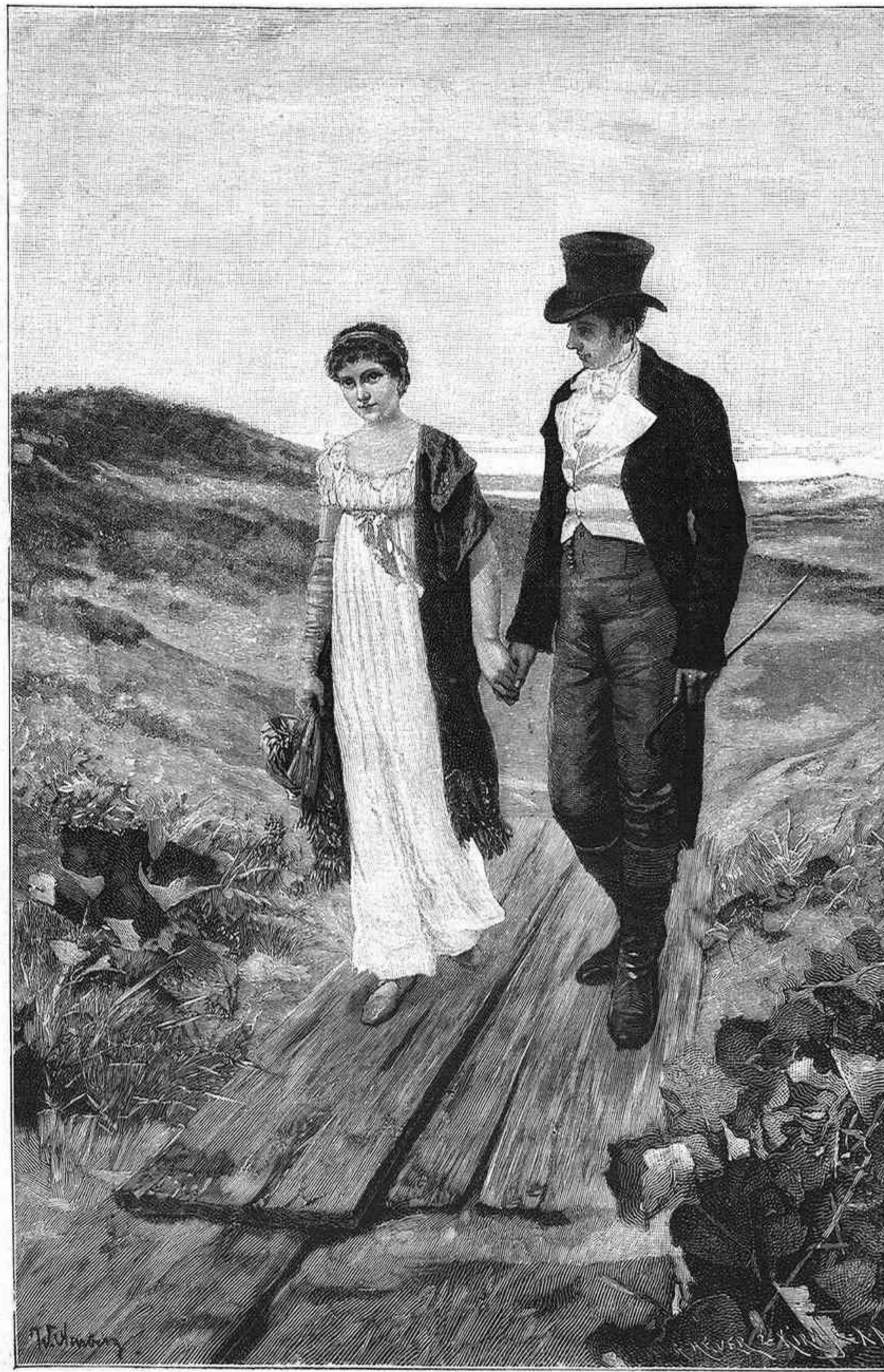
Por eso Vicenta, que aun era un tanto mejor que su marido, acabó por ceder; y recordando aquello que la había dicho el señor cura cuando se casaron: «Vos, esposa, obedeced á vuestro marido,» le preparó la alforja como el día anterior, para que al siguiente, por la mañana volviera á Mansilla.

Juan madrugó mucho á buscar compañía por el lugar, y cuando la tuvo se volvió á su casa, aparejó el pollino, le sacó de cabestro fuera del corral, montó en él, y, despidiéndose de su mujer con un «hasta la tarde, si Dios quiere,» partió detrás del tío Andrés Bermejo, caballero en una interminable burra garañona al sentido de la cual iba el ciego tan listo.

— ¡Dios te dé mejor suerte que ayer! — dijo Vicenta cuando Juan empezaba á alejarse á la calle arriba, y añadió dirigiéndose al compañero: — Tenga cuidado, tío Andrés, tenga cuidado con ese.

Apenas salieron de poblado quiso el tío Andrés empezar á cumplir el encargo de Vicenta, y pareciéndole que la mejor manera de cumplirle era apartar á Juan de los gitanos, comenzó á persuadirle que no se volviera á acordar de ellos.

— Sesenta y tres años tengo, — le decía procurando vencerle, — más de cuarenta llevo viniendo á la feria casi seguidos, y todavía no he visto á uno que, en trato con los gitanos, haya salido ganancioso. No seas inocente; no te



COGIDOS DE LA MANO, cuadro de Amberg

arrimes á ellos ni en broma; mira; que siempre se quedan con carne en las uñas.

— No descreo lo que V. me dice, — le contestaba Juan, — pero el caso es que por esta vez no tengo más remedio que volver allá.

— ¿Por qué?

— Porque ¿á dónde voy, si no, con este animal? ¿Se le he de meter á alguno de la tierra? ¡Dios me libre! Aun cuando diera la casualidad de que no le vieran el defecto, se me haría cargo de conciencia. Yo se le volveré al que me le dió y...

— ¿Crees que te le va á recibir?

— Me dará otro por él... dando algo encima...

— Pues con lo que has de dar encima compra otro si puedes, y sino, mira, te paseas todo el santo día, ves la feria á gusto, y á la tarde te vuelves con el dinero y el pollino para casa. Apuradamente el pollino anda bien, y no sé qué mejor servicio te ha de hacer otro.

Aun no había acabado el tío Andrés de decir que andaba bien el burro, cuando éste, que iba pegado á su compañera, muy á la orilla del camino por evitar una laguna, tropezó en el mojón de una heredad y dió de hocicos, saliendo Juan por las orejas y yendo á parar al medio del charco.

— ¿Qué le parece á V. el servicio que me hace el animalico? — dijo Juan al tío Andrés sacudiéndose el agua.

— En verdad que este no ha sido muy bueno, que digamos; pero ya te hará otros mejores, pues ni todos los días se ha de caer, ni hay caballería que tenga asegurado el no tropezar, por buena que sea.

— ¡Qué poco ha tropezado la suya!

— También tropieza algunas veces... y, en fin, yo por tu bien te lo digo; si no me quieres hacer caso, callaré la boca.

Pero no calló el tío Andrés, aunque lo dijo. ¿Qué había de callar? Además de habérselo encargado Vicenta, era él de suyo un carrafuñas, muy amigo de sermonear á todos; así es que el sermón que iba echando á Juan no concluyó hasta que se aparearon dentro de los muros de la villa.

Y pocos sermones habría echado el tío Andrés más perdidos, aunque todos lo fueran bastante; porque Juan, en

cuanto dejó las alforjas y entró en la feria se fué hacia los gitanos derecho.

— ¿Ánde va er *paizano* con ese bicho siego? — le dijo el gitano del día antes.

— Porque V. me le dió ayer así, — le contestó Juan como enfadado.

— ¡Ah! ¿yo ze le dí á uzté?... Tanto ez verdá... pero no es siego, no crea uzté; ve poco, ezo zí, y á la tardesita ze le acorta la vizta mucho, pero siego no é: ¿ve V. como ze *efiende er* animalito?

— Y al decir esto le pasaba la mano por junto al ojo haciéndosele cerrar porque le tocaba en las pestañas. — *De toaz maneras*, — continuó el gitano muy amistoso, — *si uzté ezta apenao con er buche*, yo me queo con él otra vez, y no hay *na perdío*. *Nuzotroz zomoz azin; la honra éz lo primero*... ¡Pue no faltaba *más*, amiguito, *zino* que *ze fuera uzté dezcontento der hijo de mi mae* que esté en la *groria*!... Ahí tiene uzté *toaz miz bestiaz*: *ezcoja uzté la que más le guzte*, y *zi quie uzté yevarse cosa buena é verdá*, ya *sabe uzté*, con un poquito é *prata ze iguala*... *Ezcoja uzté ahí: no premita Dios que ni uzté ni naide diga en jamá de lo jamaze* que le engañó ningún gitano... *anque no zea más que por el honor de la familia*, que gana la vida *zirviendo á loz amigoz como uzté*...

Asombrado estaba Juan de aquella amabilidad y de aquellas protestas, y casi se creía en el deber de pedir perdón al gitano por los malos juicios que había hecho de él, y por no haber defendido á la clase contra las aseveraciones calumniosas de Vicenta y del tío Andrés Bermejo, que sin duda hablaban mal de los gitanos sin haber tratado con ellos nunca.

Bajo el chaparrón de finezas y excusas y gazmoñerías y alabanzas del hijo de *Undivel*, comenzó Juan muy tranquilo y muy satisfecho á examinar la gitánil hacienda, recorriendo varias veces la fila en ambas direcciones, deteniéndose á ratos, ora detrás de un burro mohino muy bien empelado, ora al par de una pollina rucia, alta y espabilada, no sin que se le fueran los ojos á cada instante tras de un macho burreño pequeño pero muy redondo, que no estaba en la formación, sino que, con un gitante sobre el lomo, trotaba sin cesar de un lado á otro por la carretera.

— *Tamién ez mío*, y de uzté, *zi le guzta á uzté más*, — dijo el gitano á Juan, conociendo sus aficiones.

— ¿Y cuánto vale? — preguntó el jaba-riego.

— Er buche de uzté y una *onsita* de oro... Pero eso es *tóo grasia*... ¡Tiene una sabiduría pa andá er mulito!...

A Juan no le parecía caro el macho en diez y seis duros; parecíanle estos sin embargo demasiado dinero para lo que él podía gastar, y no se atrevía á ofrecer, temiendo que se diera el gitano por ofendido, si le ofrecía una morrondanga.

Pero el gitano le instaba y le apremiaba para que ofreciera, aunque no fuera más que un *abravo*, con lo cual fuese animando Juan poco á poco y llegó á ofrecer cuatro duros tímidamente, pidiendo al gitano mil perdones, diciéndole que bien conocía que el exceso del macho sobre el pollino era mayor, pero que él no podía dar más, y sólo ofrecía así por complacerle, ya que se había empeñado en que ofreciera.

A pesar de todas estas cortesías, la primera determinación del gitano fué escandalizarse y enfadarse mucho, maldiciendo el día en que había nacido, asegurando que se necesitaba la *pasiensia* de *Jó pa* tratar con *lo labraore* que *dispresian* las criaturas que cria el Señor tan hermosas como *aquer* mulito, y preguntando á Juan con mucho énfasis si creía que le traía *roba*, *pa* dejarse *ofresé* aquella miseria, et cetera et cetera.

Juan siguió dándole mil excusas y diciéndole que perdona, sin alargarse más por eso; y cuando el gitano se convenció de que no subía, con no escasas protestas de que la bestia valía mucho más y de que no la derrotaría así si no fuera por la necesidad de hacer algún cuarto para dar pan á los *churumbelillos*, le echó el buen provecho.

ANTONIO DE VALBUENA

(Concluirá)

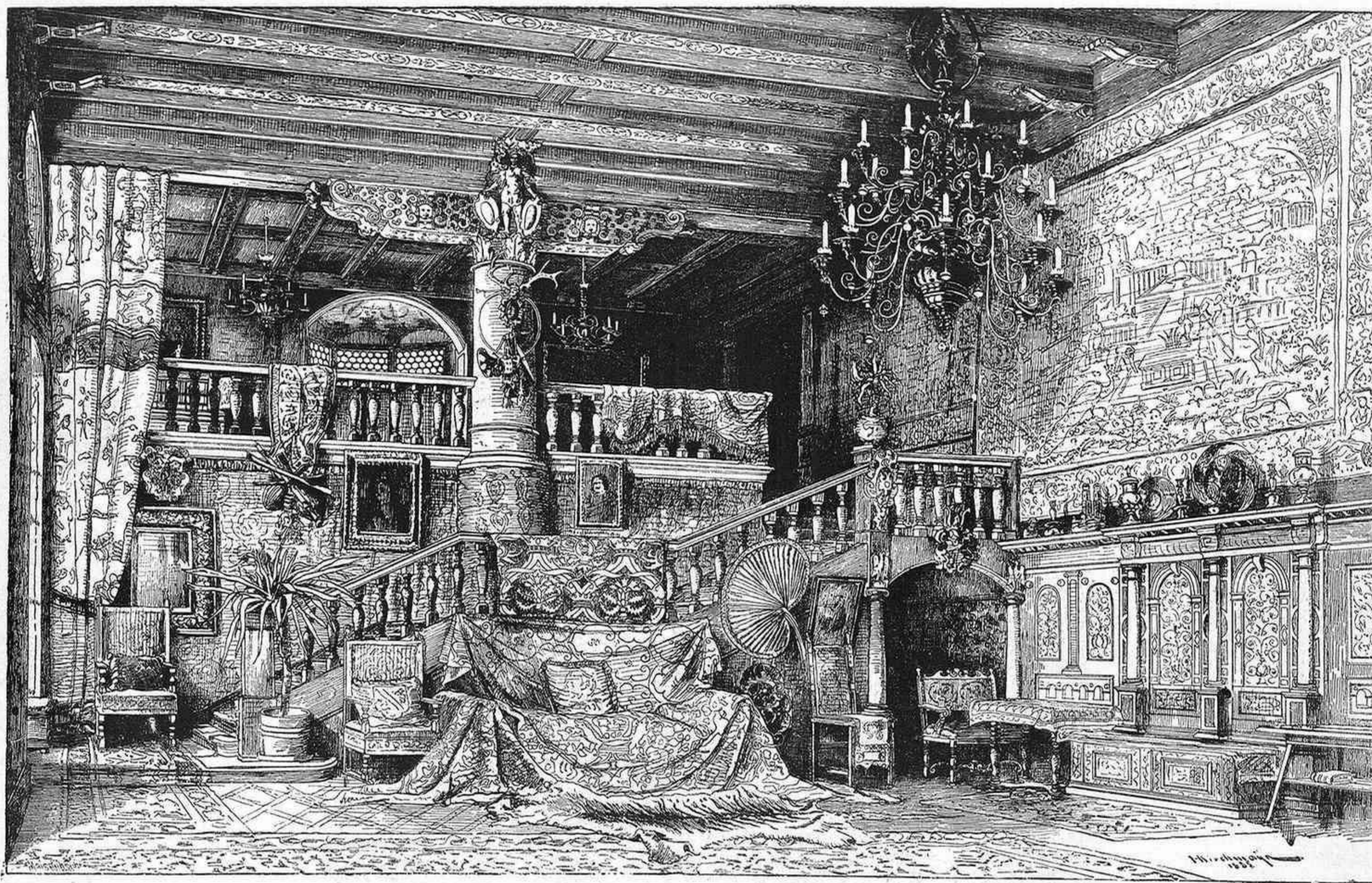
## AMPARO

EPISODIO DE LA VIDA REAL.

### I

En la risueña y galana Montevideo, en esa reina de las orillas del Plata, vivía en el año de 1840 un banquero español que, á juzgar por su crédito y por el fausto que en





SALA CON ESCALINATA Y MIRADOR EN CASA DEL DOCTOR HIRTH

su casa desplegaba, debía poseer cuantiosa fortuna, y tal era la opinión general.

Viudo hacía algunos años y sin otro amor ni más ambición que el porvenir de su hija única aglomeraba en su casa de la calle de Paysandú, muebles y objetos ricos para el día en que Amparo comprometiera el corazón y la mano.

La esposa de Yáñez había sido uruguaya y su hija, graciosa y gallarda como la generalidad de las orientales, mostraba á la par el atractivo seductor de las hijas de Andalucía, país de su padre.

Entre los admiradores de su belleza, el más asiduo, el más apasionado, era Alfonso Rivas, joven médico que al concluir sus estudios se encontraba rico de inteligencia, pero pobre de oro.

El banquero adivinó el amor de Rivas y lo autorizó, comprendiendo que era correspondido.

— ¡Qué importa si no es rico! pensó; mi hija llevará para los dos y la veré dichosa.

Los dos enamorados se entregaron á sus ensueños de ventura, y vieron crecer su pasión sin nubes ni tormentas.

Las revoluciones han sido y son frecuentes en el Uruguay: la ambición de mando promueve continuos trastornos, que dan por resultado la paralización del comercio y las terribles crisis financieras.

A raíz de una de esas tempestades políticas, advirtió Amparo notable cambio en el carácter de su padre y las huellas en su semblante de un profundo pesar.

Alarmada é inquieta le preguntó la causa, pero el banquero, esforzándose por sonreír, disipó sus temores, procurando, delante de su hija, aparentar alegría y tranquilidad.

Sin embargo, Amparo no estaba satisfecha y observaba cuidadosamente para descubrir lo que tan preocupado tenía á su padre.

Una noche se daba un gran baile en la presidencia, llenándose los salones con hermosas y elegantes mujeres, entre las cuales descollaba la hija del banquero.

Estaba muy hermosa y como siempre animada y bullciosa.

Sin embargo, Rivas, acostumbrado á leer en aquel semblante como en un libro, advirtió extraña inquietud.

— ¿Qué tienes esta noche? — la preguntó; — estás triste, Amparo de mi alma.

— No; — contestó vacilando.

— Un corazón amante como el mío, no puede equivocarse; sufres y yo ignoro la causa.

— Pues bien: hoy más que nunca, he visto á mi padre febril, impaciente y hasta menos cariñoso.

— ¿No ha venido?

— No; esto aumenta mi inquietud: encargó á la esposa de su amigo Antúñez que me acompañara y siento oprimido el corazón.

II

Al retirarse del baile, más temprano que de costumbre, no quiso interrumpir al banquero: veía luz en su escritorio; sin duda trabajaba.

Pero fijó su atención al oír dos voces y al escuchar su nombre: se detuvo delante de la puerta.

— ¡Oh! que jamás lo sepa; que muera yo, antes que desgarrar su corazón.

— Pero la ruina y la deshonra llaman á la puerta, y Amparo podría salvar á usted.

El que así hablaba, era el cajero; la joven conoció la voz.

— ¿A costa de su felicidad? Jamás.

— Está V. arruinado: esta última crisis ha sido y es fatal: la quiebra de los bancos nos deja sin recursos ni elementos para hacer frente á los compromisos.

— Calle V. esa terrible verdad.

— Pero puede V. salvarse: el banquero francés Duverdy le ofrece á V. fondos para evitar la quiebra, y sólo exige...

— Que Amparo sea su esposa: lo sé. ¿Vender á mi hija? nunca: ¿destruir sus ilusiones y su dicha? primero la muerte!

— Reflexione V.: está V. ofuscado.

— No; aun puedo evitar la deshonra.

— ¿Cómo?

— Con el suicidio, — contestó friamente el banquero y como si se tratara de una cosa resuelta.

Amparo se estremeció.

— Eso es una locura y falta de grandeza de alma para resistir la adversidad.

— Escuche V., López: ya no sirvo de nada en el mundo, y muerto yo, tendrán mis acreedores compasión de la pobre huérfana y Rivas se casará con ella.

— Lo que V. dice es imposible: su muerte de V. nada remedia y es preciso ver...

— Rivas, — continuó el banquero, como siguiendo un pensamiento fijo, — no es rico, pero la pondrá al abrigo de la miseria: prefiero esa solución á imponerla un sacrificio tan grande.

Amparo, pálida y conmovida pero resuelta, entró en la habitación.

El banquero exclamó:

— ¿Tú aquí? ¿habías vuelto del baile?

— Padre mío, una casualidad me da la llave del secreto: ahora comprendo la tristeza de usted.

— ¿Qué dices?

— Que estoy dispuesta á entregar mi mano, en cambio de la salvación de usted.

— No; tú ignoras...

— Nada; he escuchado y lo sé todo.

— Esa abnegación es imposible é inútil: no la acepto.

— Su vida de V. es antes que mi felicidad.

El cajero dirigió una mirada de admiración á la joven.

— Mañana puede V. decir á Duverdy, que fije el día de nuestro enlace.

— Rivas morirá de dolor.

La joven sintió como una puñalada en el corazón, pero no vaciló y abrazando al banquero añadió:

— No temas, querido padre: es tan generoso que aprobará: en vez de esposo será mi hermano.

III

Amparo escribió á Rivas, evitando verle: delante de su amado, temía flaquease su valor para llevar á cabo el sacrificio.

«La fatalidad nos separa: tienes corazón grande y sabrás comprender que imprescindible deber me señala otro camino muy distinto del que pensaba seguir.

»Te amo, te amo siempre, pero ya no podré llamarme tuya: no me juzgues desfavorablemente cuando sepas que dentro de ocho días seré de otro; es decir, tomaré otro nombre; pero te suplico que no aumentes mi desesperación y esperes algún tiempo, para conocer si te amaba

»AMPARO.»

Duverdy era uno de esos caracteres fríos y egoístas, que piensan obtener todo con el oro, y no había dudado que el banquero aceptase su proposición y la joven prefería á la miseria casarse sin amor.

Era hermosa y éla la amaba como un objeto de lujo. Sin vacilar, aceptó cuantas condiciones le impuso la hija del banquero.

Los acreedores fueron satisfechos; el nombre de su padre salvado de toda mancha y el dote que su rico pretendiente la señalaba, depositado en debida forma, á nombre de Yáñez, para que con él pudiera continuar sus interrumpidos negocios comerciales.

El matrimonio entonces, se llevó á efecto.

La novia resplandeciente de joyas, pero pálida como el velo de desposada, se unió á Duverdy.

Al salir de la iglesia, vio á Rivas, apoyado en un altar: estaba tan pálido como ella, pero la saludó con una mirada de suprema piedad: sabía que no podía ser suya, pero no ignoraba la causa y la veneraba admirándola.

IV

La boda se celebró con un gran baile y en la noche de aquel mismo día los salones del banquero francés estaban ocupados por numerosa concurrencia.

Suaves armonías convidaban á las alegres parejas.

Amparo buscó con la vista á su padre, y llamándole á su lado, dijo:

— Por si acaso no veo á V. más tarde, abrácame y deme su bendición.

Yáñez la miró sorprendido, pero recordando que la novia debía retirarse, la estrechó contra su corazón diciendo:

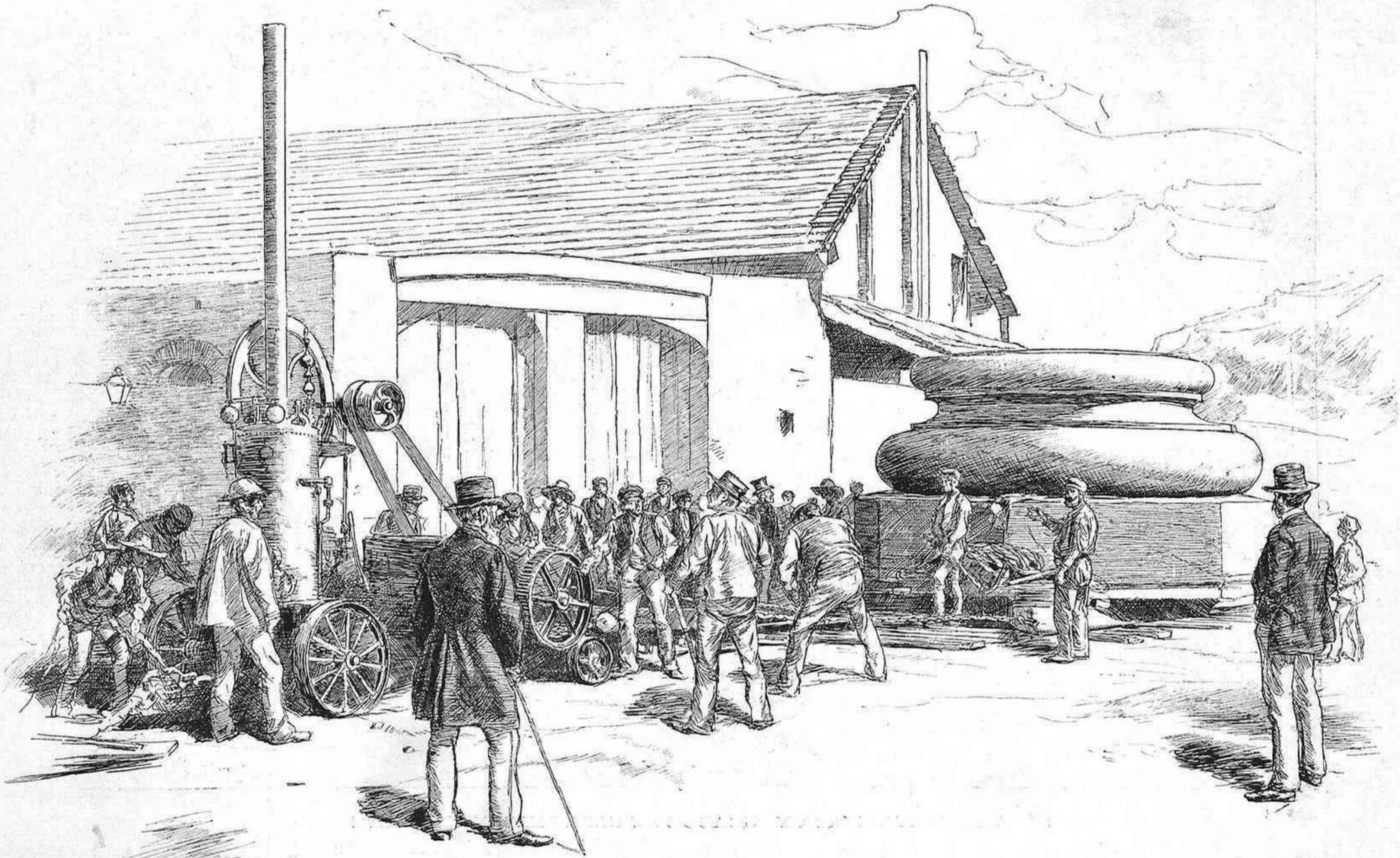
— Dios te bendiga, hija querida, y premie tu noble sacrificio.

Una sonrisa extraña vagó por los labios de la joven y lentamente se dirigió á la cámara nupcial.

— Necesita descansar, — dijo al banquero.

Pero cuando más tarde penetró Duverdy en el dormitorio, lanzó un grito de desesperación.





MONUMENTO A COLON.—Conducción de la base de la columna.

Vestida aún con su traje de baile, blanca como el mármol, yacía sobre el lujoso lecho.

Estaba muerta.

Un veneno activo, había sido el epílogo de su triste historia.

Una carta colocada sobre la mesa decía:

«El perjurio era imposible: mi corazón no podía ni engañar al hombre que había salvado á mi padre, ni olvidar al que era dueño de mi ser: en el sepulcro he buscado la solución y la felicidad: mi vida, por la de mi padre.»

V

En el cementerio de Montevideo, en risueña tumba, engalanada con flores y simbólicas coronas blancas, se lee un nombre: «Amparo.»

A corta distancia existe otro sepulcro más modesto: dos corazones de mármol están esculpidos sobre la losa y en sencillos caracteres hay grabado: Alfonso Rivas.

El joven no había tardado en seguir á su amada: sus corazones no podían existir el uno sin el otro.

El amor es también inmortal.

En aquellas dos tumbas van á depositarse constantemente, ofrendas de cariño y de admiración.

LA BARONESA DE WILSON

### REPTIL CURIOSO

EL LAGARTO CORNUDO. — El Museo de historia natural de París posee hoy día en su colección zoológica un curioso reptil procedente de Santo Domingo, designado por Lacepede con el nombre de *Lagarto cornudo*.

M. Wagler ha creído conveniente después comprender esta especie en el género *Metapoceros*.

Este reptil es, en suma, un saurio de la familia de los Iguánidos, que se distingue de los Iguanas propiamente dichos por tener los dientes semejantes á los de los *Ciclurus*, y por las dos líneas de pelos que presenta en la parte superior de las extremidades posteriores. La única especie conocida es el METAPOCERO CORNUDO (*Metapoceros cornuta*), notable por tener la frente sobrepuesta de un grueso tubérculo en forma de cuerno.

Este lagarto recuerda mucho por su forma aquellos enormes reptiles fósiles Donosaurios conocidos

con el nombre de *Iguanodón*, cuyas osamentas se descubrieron en los terrenos cretáceos, y recientemente, en particular, en Bernissart (Bélgica).

El lagarto cornudo mide unos 70 centímetros de longitud; tiene el cuerpo pesado y fornido, de color negro pardusco, y la línea del dorso está guarnecida de espinas ligeramente encorvadas hacia atrás, desde la parte posterior de la cabeza hasta el nacimiento de la cola, donde hay un pequeño espacio sin espinas, las cuales se continúan después en cierta porción de aquélla. La cola no es cilíndrica como la de nuestros lagartos: está comprimida lateralmente y tiene músculos poderosos, que permiten al reptil enroscarla bruscamente y con violencia de derecha á izquierda, para defenderse cuando se le quiere tocar.

Las patas son robustas y se desvían del cuerpo en los lados.

Detrás de la cabeza, el dorso presenta una especie de joroba, y en aquella se hallan las particularidades más notables. Sobrepuesta en su parte anterior de un cuerno dérmico, en la posterior es ancha y arqueada á cada lado; y debajo de la mandíbula inferior se ve un repliegue de la piel, que presenta á izquierda y derecha unas bolsas enor-

mes, las cuales comunican al reptil, visto de frente, el más curioso aspecto, según se puede juzgar por el grabado.

Las colecciones del Museo poseen pocos ejemplares de este saurio; es la primera vez que llega un individuo vivo al establecimiento, y por lo tanto no se conocen sus costumbres.

Sin embargo, desde que se halla en el jardín de plantas se ha podido reconocer que anda con lentitud y que ejecuta ciertos movimientos verticales con la cabeza; cuando alguien se aproxima á él, diríase que procura tomar un aspecto maligno y amenazador. Se le dan como alimento hojas de lechuga y un poco de carne; pero tiene muy poco apetito.

El lagarto cornudo es muy afine de los *Ciclurus*, de los *Anolis* y de los *Amblirincus*.

Estos últimos fueron estudiados por el célebre Darwin en el archipiélago de Galápagos, y es probable que sus costumbres se asemejen á las de los *Metapoceros*. Conócense dos especies, la una acuática (*Amblyrhynchus cristatus*) y la otra terrestre (*Amblyrhynchus Demartli*). Al hablar de esta última, Darwin dice que «esos animales comen durante el día y apenas se alejan de sus madrigueras, y que si se les espanta corren de una manera muy cómica. No pueden moverse con mucha ligereza, como no bajen por una pendiente, lo cual se debe sin duda á la posición lateral de sus patas; no son tímidos; cuando miran á una persona atentamente, levantan la cola, enderézanse sobre sus extremidades anteriores, agitan de continuo la cabeza verticalmente, y procuran presentar un aspecto amenazador. Sin embargo, en el fondo no son malignos, y si se golpea con el pie bajan la cola en seguida, alejándose con toda la rapidez posible.»

Darwin ha observado que los lagartos pequeños que comen moscas comunican á su cabeza exactamente el mismo movimiento de arriba abajo cuando ven alguna cosa que les llama la atención.

Esta misma especie forma sus guaridas á flor de tierra; de modo que cuando se anda por un sitio habitado por metapoceros, es fácil hundirse continuamente. Socavan con las patas de un solo lado del cuerpo, y cuando estas se cansan se sirven de las del otro para continuar su trabajo, repitiendo el cambio sucesivamente.

Como se podrá reconocer, los *Amblirincus*, que son Iguánidos, así como el lagarto cornudo, tienen semejanzas bajo el punto de vista de sus costumbres. Todos los que quieran ir á ver la colección de reptiles del Museo encontrarán en ella el lagarto de Santo Domingo.

Tomado del periódico: *La Nature*.



El lagarto cornudo que existe vivo en el departamento de los reptiles del Museo de Historia natural de París